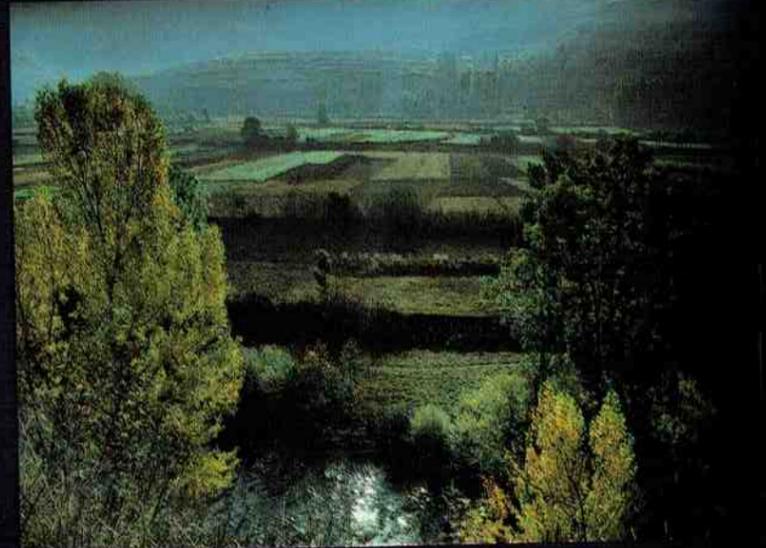


Desde que se iniciaron las obras del pantano la gente se ha acostumbrado a hablar en pasado. Las ramas de los árboles aguardan la hora de convertirse en nidos de silenciosas truchas.

RIAÑO: LA BELLEZA HERIDA

Texto: Rafael Chirbes
Fotos: Antonio Girbes

A las tres y media de la tarde los viajeros habían terminado su comida —sopa de arvejos y callos— en el antiguo bar Ulpiano, de Riaño, y tomaban su café perezosamente apoyados en la barra del Central. De una de las paredes colgaba un mapa en el que aparecía marcado con tinta azul este valle, que se abría más allá de las casas. Donde están Riaño, Anciles, Huelde, La Puerta... el mapa decía simplemente «Embalse del Esla». En el premonitorio documento ya no existían ni el café Central, ni el bar Ulpiano, ni siquiera la soleada placita, que se abre detrás de la iglesia, ni las macetas con los cóleos y los



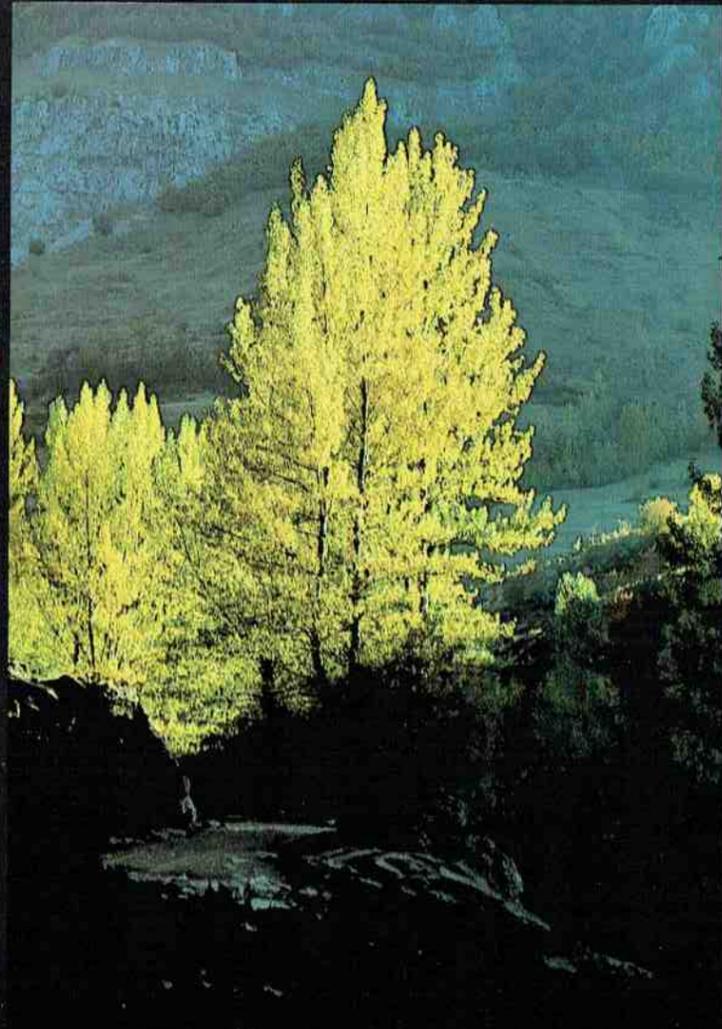
hibiscos al calor de los miradores acristalados. En el mapa, los técnicos ya habían llenado el embalse del Esla y nueve pueblos —Riaño, Huelde, Anciles, La Puerta, Burón, Escaro, Pedrosa del Rey y La Vega— eran simples accidentes —depresiones, barbadas— en el fondo de un mar de frías aguas dulces.

Y, sin embargo, media hora más tarde, con el sabor del coñac aún sobre la lengua, en el camino que lleva a Anciles, los viajeros detuvieron el automóvil bajo los alamos, que no eran azules, sino amarillos. En el cielo no había ni una sola nube y los árboles relucían hermosos como un milagro. Los rayos del sol perforaban

las hojas y todo alrededor parecía arder misteriosamente. Sobre las montañas cercanas, el hayedo brillaba otoñal, con el color exacto del oro, y los robles relucían como el cobre —rojizo— y las praderías —a pesar de lo avanzado de la estación—eran como gigantes campos de esmeraldas bajo el sol. Los reporteros encendieron un cigarrillo y sintieron la impotencia de tener que conservar, en la fragilidad de una fotografía, en el molde hueco de una palabra, esta solidez de cielo y hierba y árboles. Tal vez Pietro Cavallini se acercó a esta constelación de oros otoñales en sus frescos de Santa María del Trastevere y, en la Capilla Sixtina, Bo-

ticelli cruzó un rayo de sol, que es vago reflejo de estos rayos de sol.

El río Esla cometió hace millones de años una torpeza injustificable. Abrió uno de los más bellos valles que imaginarse puedan, cuando aún no había nombres para llamar a las cosas, cuando aún no había quien pudiese pronunciar esos nombres, cuando la mayoría de los seres todavía no existían. Las cumbres, como verrugas sobre la piel de un paquidermo, vieron crecer árboles como hirsutas cerdas de jabali, plantas como dulces plumas de urogallo. Ningún hombre pisaba la tierra. No había ni un solo pueblo y nadie —por supuesto— podía llamar a pueblos inexisten-

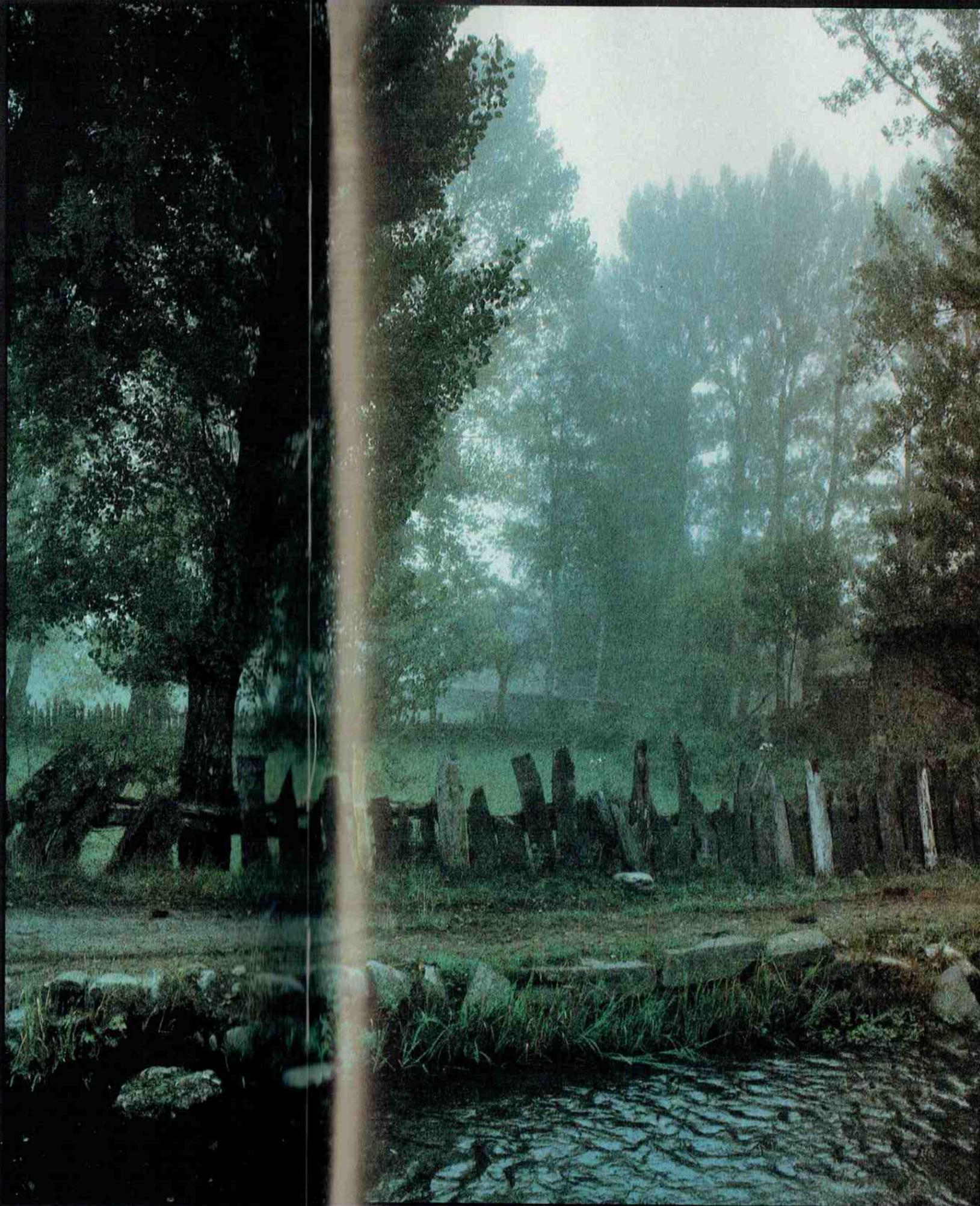
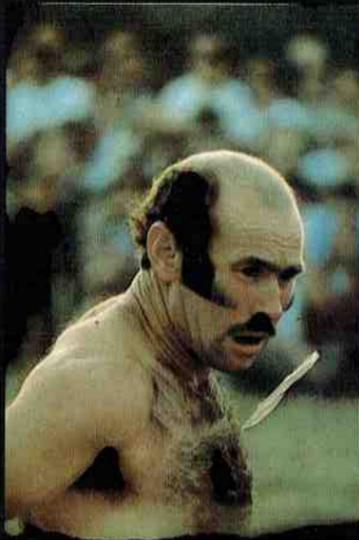


tes: Huelde, Riaño, Anciles, Pedrosa del Rey, La Puerta, Escaro, La Vega, Burón.

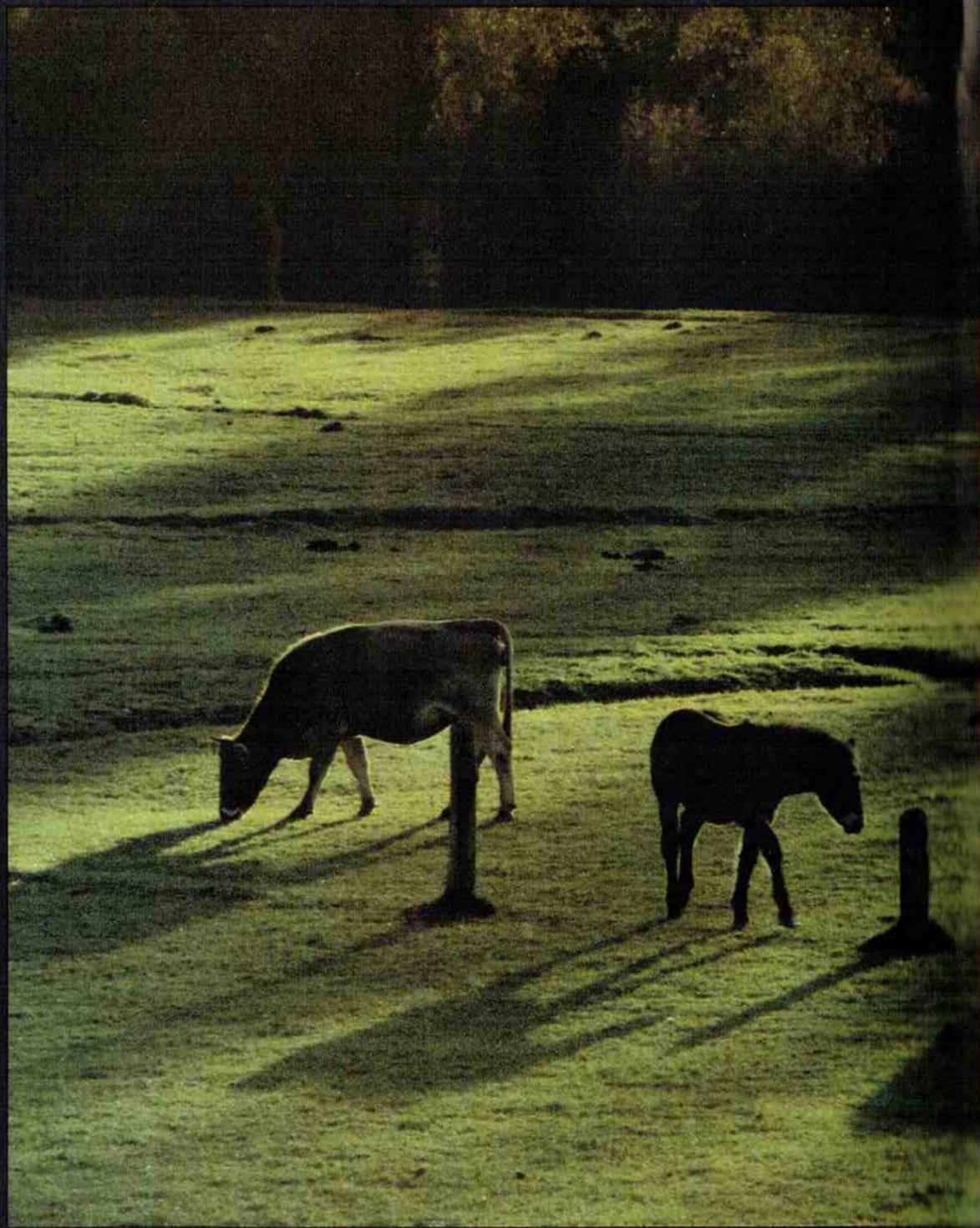
El río Esla se equivocaba cuando abría un lecho llano y fértil entre los picos, sobre el que se precipitaban cientos de torrentes —vetas de luz plateada en las laderas— y luego se escapaba rumbo al sur, atravesando gargantas angostas, hacia Salas, hacia Cistierna, hacia el Duero y el mar. El Esla no pensaba —los ríos nunca

tienen la costumbre de pensar— que millones de años más tarde un animalito cruel llamado hombre iba a considerar la obra del río (un valle amplio con salida en embudo) como idónea para construir lo que, ya afiladas las palabras, se llamó un pantano.

Un muro de escasos metros de longitud iba a ser capaz de encerrar seiscientos setenta millones de metros cúbicos de frías aguas: será, en breve, capaz de encerrar seiscientos setenta millones de metros cúbicos de agua. Al parecer, ya en las primeras décadas de este siglo, los ingenieros miraron con atención la ancha superficie entre los picos, porque más abajo el sol rodaba sobre terrenos polvorientos. Por fin —un fin que era largo comienzo— las obras se pusieron en marcha. Luego se paralizaron durante una buena temporada. Al cabo se concluyó la presa y se inició una espasmódica obra de redes viarias. Las vacas continuaron pastando indiferentes. Los álamos crecían más y más por encima de las nieblas de la mañana. El Esla, que había creado un paraíso bajo las cumbres azules, también lo había involuntariamente condenado.



Las nieblas matinales se rompían pronto y todo el paisaje brillaba, este otoño, como oro. Al tardecer es posible encontrar un corro de lucha leonesa, un juego que es casi un ballet.



Desde que se inició la construcción de la presa, a la comarca de Riaño —Reserva Nacional de Caza—, si se va desde el sur, se entra por un sórdido túnel, en el que unas misérrimas bombillas dejan ver apenas, sobre el suelo descuidado, regueros de agua. Alguien ha puesto puertas al campo, y no precisamente Chiberti, ni las del baptisterio de Florencia. Uno recuerda —ante la presa y el túnel— que a los agonizantes los aíslan con frecuencia en unos lugares ingratos, que llaman UVI. En esta ocasión el viaje ha sido a la cama de un querido amigo desahuciado y el reportaje ha de tener el ritmo irremediable de un



réquiem. Sólo en los Evangelios —y algunos otros textos sagrados— las palabras poseen la fuerza de medicinas frente a la muerte.

En Huelde, a la sombra del hormigón de la presa, los hombres jugaban a las cartas en el bar de Paco, donde dan buen bacalao, callos y, a lo mejor, truchas. Más adelante, en Anciles —un puñado de casas en buena parte deshabitadas y un laberinto de muros sin techumbres—, una mujer repasaba la ropa al sol de la tarde. Hacia las cumbres más soberbias de los Picos de Europa, hacia Peña Prieta y Peña Vieja, y por detrás del laberinto del Puerto de San Glo-

rio, brillaba la nieve al sol. Cerca de la nieve el aire era más puro.

Los reporteros escuchaban, camino de Anciles, el último acto de «La Traviata», cuando la señorita Violetta Valery descubre que nada puede el amor de Alfredo Germont contra la muerte: «Oh! la bugia pietosa / ai medici é concessa».

Podían haber elegido Mozart, Berlioz o Chopin, o haberse quedado tumbados en la playa de Sète con Brassens. La mujer que repasaba la ropa al sol dejó la tarea sobre sus rodillas:

—No. Yo no soy de Anciles —dijo—. Nací en Crémenes, aunque hace ya treinta y seis años que

vivo aquí. Me casé y nos instalamos en esta casa. Hemos vivido bien. Sin riquezas, pero sin que nos faltase nada importante, ¡y con esta calma! —la mujer levantó la cabeza y miró en torno. Con la palabra calma comprendía los muros, los árboles, las gallinas que picoteaban ante el objetivo del fotógrafo. Tenía los ojos húmedos e inteligentes—. Teníamos los mejores pastos. Yo creo que no nos faltaba de nada. Ahora, sí. Ahora está todo como perdido. La gente se va yendo a Valladolid, a León, a Madrid. ¿Ustedes pueden creer que está bien que el agua se trague todo esto? A mí, cuando lo pienso, me da una cosa aquí...

En la amenazada paz del valle los caballos pastan indiferentes. En el interior de una furgoneta dos cazadores colocaron un venado, que tenía la belleza azulada de un cristo yacente de Gregorio Fernández.

RIÑO: LA BELLEZA HERIDA

Tengo un hijo que se me ha marchado a Barcelona. Nosotros pusimos un bar en León, pensando en cuando no tuviésemos nada, pero aquello, la verdad, después de haber vivido toda la vida en Anciles, no nos gustaba. Luego, yo me puse enferma, no podía atender el bar, ¿y qué hacían allí los chicos solos?

El hijo que se volvió de León está igual que todo lo que en la comarca tiene consciencia; que todo lo que depende de quien tiene consciencia y sabe que no hay futuro: como perdido. Lo encontramos más tarde, cuando fuimos a casa de Federico, el de la miel.

—Pueden decir ustedes que es miel de flores: de cerezo, de aulaga, de escoba, de zarza, de tomillo y de flor de árbol frutal.

Las colmenas de Federico miran al sol, muy cerca de donde los reporteros detuvieron el automóvil, seducidos por la luz de la tarde. Enfrente, en el bosque, hay setas —que aquí apenas se conocen— y perdices. En esta comarca los campesinos ignoran casi por completo la utilidad de gran parte de las plantas: es una civilización ligada a los productos ganaderos: la carne, la leche, el sebo. El aceite les parece algo así como un mal menor. La cocina de verdad es la que se hace con sebo —de oveja, de vaca—. Tradicionalmente, se cuece en una cazuela con un poco de agua, para evitar que se pegue, y con una cuerda metida dentro. Cuando se enfría, se tira de la cuerda y sale el sebo convertido en una pieza sólida que se cuelga del techo. A esa masa se la denomina panal y se corta de ella, en cada ocasión, la cantidad que se va a utilizar en la cocina.

—Aquí hay muchas hierbas. Hace poco vinieron unos extranjeros que estuvieron estudiándolas. Las belluscas —de los Bellos, en Asturias— venían a recoger hierbas medicinales y luego las vendían en Castilla, o las cambiaban por comida.

Pasado Anciles, la carretera se convierte en camino. Arriba cuelga un valle apesado entre las coladas. En el valle de Anciles pastaban, este otoño, dos rebaños. Dos enormes mastines corrieron hacia los visitantes, hasta que un silbido los hizo volver al orden. A

la sombra de un cerezo vigilaba desde hacía rato un pastor, a quien los visitantes no habían visto.

—Les dejo que me saquen fotos, pero si luego me mandan alguna a mi casa. Me llamo Félix Díez González y soy de Prioro. La majada está ahí, detrás del pico de la collada grande. En esa majada estamos tres pastores, que nos turnamos. Cada uno de nosotros pasamos quince días en casa y ocho aquí, solos. Antes se pasaba uno todo el verano en la majada. Al pueblo no bajaba más que el motril, que era el chaval que hacía los recados y que, a lo mejor, no tenía más de ocho años. Lo subían al burro, porque él no podía montarse, y... ¡hale! Entonces, los pastores nos hacíamos nuestro queso, nuestro sebo, hasta la cecina.

Ahora ya no es así. Cuando vuelven de casa se traen casi todo lo que necesitan, que no es mucho.

—Estas ovejas van a Villanueva de La Serena dentro de unos días. Yo conozco ya aquello. Pasé unos cuatro años en esa tierra que dicen de La Serena. Es más caluroso y tiene más animación que esto. Aquí, en cuanto asoma la oreja la nieve, no queda ánima viviente.

Al día siguiente Félix se debió quedar esperando a los visitantes. Quería que lo fotografiasen mientras bajaba con su rebaño la empinada cuesta desde la majada. Los visitantes también lo hubiesen querido así, pero no acudieron a la cita. Se distrajeron en La Puerta, ante el telón soberbio de una hilera perfecta de álamos: los troncos, blancas columnas de mármol de Paros. Por la tarde se acercaron al Puerto de Tarna y —ya de regreso, pasado Burón— tropezaron con la blanca cegadora de un arce.

Riño ha sido cabeza tradicional de la Mesta. Todas las primaveras más de veinte mil ovejas cruzaban, en dirección a la comarca, el erial castellano y enloquecían al encontrarse con estas praderías deslumbrantes de verde. La nieve se encargaba de marcar a los rebaños la hora del regreso: por polvorientas cañadas palentinas o apretadas en vagones malolientes. Riño y Extremadura están unidos por uno de esos imprevistos lazos secretos que establecen ciertos tráficos entre regiones que parecen vivir de espaldas.

El sol se escondió pronto —en estos valles atardece de repente—

detrás de los perfiles fantásticos de las cumbres. Antes dejó una pincelada de brillo sobre el fruto bermellón de los mostajos. Además, los últimos rayos resbalaron en los regatos y acariciaron el lomo de los guijarros, igual que una de aquellas postales extranjeras que se enviaban los novios allá por los años sesenta. A la entrada de Riño dos hombres acababan de cargar un venado en una furgoneta, rodeados por un grupo de solícitos curiosos. En aquel instante ya nada brillaba. El paisaje se había opacado.

—Al animal lo hemos tumbado en Portilla. No ha sido fácil. Por este tiempo hay que subir mucho. Para la berrea se ponen arriba del todo, al lado de los rebecos.

El animal muerto tenía la belleza azul de un cristo yacente de Gregorio Fernández. La lengua pendía, larga y desolada, a un costado de la boca y los ojos de vidrio empañado pusieron en un puño el corazón de los reporteros. En el atardecer, y cercadas por un eco de esquilas, vagaban las vacas taciturnas como escritores en busca de ideas y el sonido de un timbre de bicicleta hizo rodar el tiempo hacia los silencios de la infancia, a la hora de la luz incierta, cuando los gritos de los niños detrás de una pelota tenían un eco que se quedó grabado en el alma para siempre.

En la reserva nacional de Riño se subastan permisos para cazar un número determinado de animales. El dinero sirve a los ayuntamientos de la comarca para mejoras. Es una manera de integrar a los habitantes en la economía de la caza. Lo fuerte, sin embargo, no es el venado, que viene de Santander, y que ha crecido en los últimos años, hasta alcanzar la cifra de trescientas o cuatrocientas piezas, entre machos y hembras. Para el venado es mejor Cazorla, o la sierra de Urbión. Riño cuenta —en cambio— con la más numerosa población de corzos y rebecos. En otoño la temporada del rebeco está en su momento álgido.

En el bosque de Hormas es fácil descubrir un lomo de jabalí escapando en la maleza y los corzos se acercan al riachuelo para beber.

—El corzo es un animal inocente. Sólo está atento a quien lo persigue por la espalda. Cuando escapa no hay quien le dispare, porque corre como una flecha. Pero, en ese instante, si alguien se pone delante y le grita, «¡eh!

¿adónde vas?», se para en seco y se queda mirando fijamente, con esos ojos que tiene, como de niño. También la osa parece humana. Cuando se pone de pie, con esos pechos arriba, parece una mujer. Durante cinco o seis años no se cazaron jabalíes en la zona. Luego volvieron a conceder permisos, porque se multiplicaron mucho y hacían daños por todas partes. El primer día que salimos a cazar el jabalí metimos más de sesenta en los puestos. Teníamos el cupo para matar tres. Otro día salimos y matamos dos. Por fin, ya nos dijeron que había que matar los que se pudiese. En el «acebal» (acebal) los matábamos a palos. Después se acostumbraron a no bajar al río a beber. Abrevaban en los regatos que hay dentro del bosque y no salían.

El acebo se encuentra por todas partes. Está prohibido cortarlo, aunque algunos se dedican a podarlos antes de Navidad y envían las ramas —las hojas preciosamente dibujadas, los frutos rojos— a Madrid y Barcelona.

—Los pagan por un potol.

En Riño, al bosque de acebos lo llaman «aceal»; a las moras de árbol, almoraras, y al enebro, que abunda por encima de Crémones, lo llaman «neblo».

En el valle de Hormas el bosque vigilaba inquietante a los viajeros, que dejaron de sentirse observadores, para saberse mirados desde la maleza de ojos misteriosos. Los miraba el murmullo sospechoso de las hojas, que alguna alimaña removió en su huida. Los miró luego el graznido desgarrador de un ave, que hizo temblar la soledad del valle, la hierba levemente mustia del otoño. Fue un grito de agonía, que se prolongó en otros decrecientes, hasta que volvió el silencio achante. Un pájaro moría entre las garras de otro animal superior, más astuto o más fuerte. Entre la muerte y los viajeros, la infranqueable y viva muralla verde, dorada, cobriza.

En unos corrales abandonados que hay en la pradería de Hormas, Manolo vio hace pocos días cinco osos. Manolo ha cazado el oso. Es un furtivo orgulloso de su profesión:

—Empecé a pescar como furtivo a los catorce años. No por afición, sino por necesidad. Por entonces se pasaba muy mal. Ahora nadie me puede prohibir que pesque unas «truchinas» para casa, o para algún enfermo si, cuando han venido ministros, y hasta

Hay muchos grandes vinos



conózcalos con

VINOSELECCIÓN

Nuestros Vinos

Nuestros enólogos recorren España sin descanso buscando bodegas, generalmente artesanas, cuya escasa producción les impide ser conocidas y apreciadas como merecen. También en otras ocasiones presentamos vinos exclusivos para el club de importantes bodegas.

Cada mes ofrecemos a nuestros socios un vino distinto, una novedad.

También quesos y otros productos

Así, andando caminos, tuvimos la oportunidad de conocer los quesos a punto de extinción y otros productos de gastronomía artesana. Hoy también están a disposición de los socios del club que lo desean.

En su domicilio, sin molestia alguna

Cada mes recibirá a través de la magnífica revista "Sobremesa" toda la información sobre los productos nuevos; si, como es normal, desea recibirlos, le enviaremos automáticamente la cantidad de vino que nos haya indicado en su "Tarjeta de Adhesión".

No hay obligación de compra

Si algún vino no le interesa, basta con que nos lo indique al recibir nuestra oferta y anularemos su petición para esa ocasión.



VINOSELECCION

Conde de la Cimera, 4
28040 Madrid

CEPTO la invitación de VINOSELECCION y sus socios; al mismo tiempo acepto la suscripción y la entrega de 6 números) reemplazable automáticamente por...

DATOS PERSONALES

Apellidos y Nombre

Calle

Localidad

Provincia (matrícula) Píjones



Firma (requisito imprescindible)

La comarca de Riño: un lugar duro en p...

TAR

San 2800